

Aves sin nido: Una novela de tesis – el mestizaje como solución para la explotación de los indios



Ivana Ferigolo

En la obra *Aves sin nido*, Clorinda Mato de Turner cuenta, en tercera persona, hechos que dicen respecto a las costumbres de la población de Kíllac, pueblo ubicado en el interior de Perú. A lo largo de la narrativa, la autora busca denunciar los vicios y las virtudes de la población que habita esta región.

La población de Kíllac, en el universo representativo de la obra, es compuesta por indígenas y blancos y, en la búsqueda constante de la denuncia social, la autora retrata, de forma antagónica, la explotación a que eran sometidos los indios, representados por Juan, Marcela, Rosalía, Margarita, Martina e Isidro Champi, por las autoridades blancas figuradas principalmente por Sebastián Pancorbo y por el cura Pascual.

Para enfrentar a las autoridades y para defender a los indígenas está presente en la obra una pareja de forasteros llamados Fernando Marín y Lucía Marín que vinieron de Lima, ambiente social donde fueron educados bajo los patrones de la religión cristiana y de la filosofía occidental.

La trama de la novela inicia cuando Marcela, esposa de Juan Yupanqui, busca Lucía y le pide ayuda financiera para pagar la deuda de los funerales de su madre al cura Pascual y los intereses de los préstamos obligatorios al gobernador. Si Yupanqui no pagase las deudas, Marcela sería sometida a la mita en la casa del cura Pascual. La mita consistía en prestar servicios generales en la casa del cura, incluso servirle de esposa (satisfacerlo sexualmente). Así, por la definición de mita, se puede hacer la suposición de que esta obra va a defender la tesis de que el celibato es negativo, o sea, el hecho del cura ser prohibido de mantener cualquier relación sexual no logra controlar su instinto.

La defensa de esta tesis se explicita cuando el narrador describe al cura Pascual. “Para el observador fisiológico, el conjunto del cura Pascual podía definirse por un nido de sierpes lujuriosas, prontas a despertar al menor ruido causado por la voz de una mujer. “ (TURNER, 1889, p. 14)

La palabra fisiológico no solamente remite para el funcionamiento del organismo del cura Pascual, sino también a conceptos científicos típicos del naturalismo. Al describir científicamente el conjunto del cura, el narrador lo compara a un nido de sierpes lujuriosas, o sea, a animales que, no siendo razonables, suelen actuar movidos por el instinto. El término lujuriosa, sinónimo de libidinosa, confiere un carácter erótico al cura, que por ser movido por instintos, despertaría fácilmente al oír la voz de una mujer. Lujurioso también remite para las ondulaciones que resultan de los movimientos realizados por las sierpes cuando se desplazan. Así, la expresión puede estar refiriéndose al erotismo que el movimiento del cuerpo del cura produce al desplazar-se. Al justificar el deseo sexual del padre basándose en conceptos científicos que atribuyen a los instintos y a la propia naturaleza humana la determinación del comportamiento y de las actitudes de los hombres, la autora construye un estereotipo del

cura. O sea, usando los mecanismos de la corriente naturalista, que se apoya en el cientificismo para explicar los hechos, la autora defiende que el celibato es negativo, puesto que siendo el cura un hombre dotado de instintos propios de la naturaleza humana, resulta imposible controlar su deseo sexual. Así, el estereotipo - elemento predeterminado e inmutable, ya que hace parte de la naturaleza humana - construido para el cura, proviene, en este caso, de un pensamiento naturalista y funciona como prueba para la tesis que defiende el negativismo del celibato.

La maldad del cura no se resume solamente a la explotación sexual de las mujeres, sino afecta también a las familias indígenas. Las cobranzas de deudas, que resultan de las costumbres de la sociedad en que actúa, son formas explícitas de explotación. Eso puede ser observado en un fragmento en que el cura Pascual cuenta al gobernador lo que le dice Lucía Marín, la forastera, cuando le buscó para negociar la deuda de Juan y Marcela.

Se trata (...) de que la señora Lucía nos ha llamado para abogar por unos indios taimados, tramposos, que no quieren pagar lo que deben, y para esto ha empleado palabras que, francamente, se entendidas por los indios nos destruyen de hecho nuestras costumbres des *reparto, mitas, pagos y demás*. (TURNER, 1889, p.30)

A través del habla, Pascual deja trasparecer un pensamiento negativo en relación a los indios que no pagan las deudas (son tramposos), o sea, la mita, el pago, el reparto son costumbres tan fijas que son vistas por el cura como una obligación a ser cumplida, de modo que el rechazo de las mismas resulta en la condenación de los indios. Así, parece que la crueldad de Pascual no proviene solamente de su constitución fisiológica, sino es determinada también por las reglas que imperan en el contexto en que habita. O sea, su carácter es determinado por el medio social en que está insertado.

El cura se configura, en este sentido, de forma perversa porque el ambiente en que vive no permite el cambio de las costumbres, ni el término de la corrupción. La autora utiliza una ideología naturalista, que concibe al hombre como un ser forjado por el ambiente en que vive, para estereotipar inmoralmemente Pascual y denunciar una realidad social atrasada y cargada de abusos.

Cuando Lucía defiende a los indígenas, se hace notable la manera como éstos son representados en la obra. Son personas mal instruidas, ignorantes, puras, inocentes, o sea, personajes de una bondad ideal, por lo tanto románticamente estereotipadas, necesitando literalmente del auxilio de otros para luchar contra las injusticias sufridas. Por otro lado, las autoridades corruptas e inmorales, son construidas, bajo una ideología naturalista, que estereotipa maléficamente al cura y a las autoridades. Así, el estereotipo de la maldad y de la bondad acentúa, antagónicamente, las desigualdades sociales, denunciando una realidad de explotación y apuntan que el camino para el término de las injusticias puede derivar de un proceso de educación indígena.

El hecho del autóctono ser forjado, a lo largo de la novela, por un estereotipo marcado por la pureza, la ingenuidad, la ignorancia, que le convierten en un ser incapacitado para luchar por la justicia, se hace muy notable cuando Marcela habla de la situación de los indios a Lucía, la mujer del forastero. “Como no eres tú de acá, niñay, no sabes los martirios que pasamos con el cobrador, el cacique y el tata cura, ¡ay, ay! ¿Por qué no nos llevó la peste a todos nosotros que ya dormiríamos en la tierra? (TURNER, 1889, p.8)

Cuando la india Marcela habla de los martirios que pasan se agudiza, por un lado, la gran bondad de los indios, por otro, es resaltada la maldad de las autoridades, puesto el martirio es sufrido por las personas inocentes o buenas. Hay que señalar, sin embargo, que el hecho de la india ver la muerte, a través de la peste, como la solución

para el sufrimiento de su raza, refleja la falta de espíritu de lucha del indígena por la libertad, pues la muerte parece funcionar como un mecanismo que le permite huir, rechazar la realidad opresora. Esa forma de pensar caracteriza, por una parte, al indígena como un personaje romántico, pues el individuo moldeado bajo este carácter rechaza la realidad, buscando refugio en la muerte. Por otra, este pensamiento señala la ignorancia, la carencia de conocimiento de los autóctonos que les acarrea falta de espíritu crítico para percibir que sufren debido a las injusticias que las autoridades practican.

Frente a los abusos sufridos, los indios nunca luchan, no miden fuerzas con las autoridades, pues como se afirmó, viven en una realidad atrasada, no poseyendo conocimientos, ni instrucciones para criticar y enfrentar a los que les explotan. Así, estos elementos románticos, que estereotipan de forma ideal al indio, son los responsables por sus martirios en el universo de representación de la novela. “Naturalmente desde la perspectiva de la novela, los sistemas injustos y aún el abusivo uso de ellos son dependientes del desarrollo estancado y prácticamente nulo que tienen los indios.” (CORNEJO POLAR, 1889, p.26).

Frente a la afirmación de Cornejo, se puede agregar que el estereotipo indígena, creado bajo los patrones románticos, tiene la función de fundamentar la tesis de que la falta de conocimiento del indio es la causa de su propia explotación.

La autora, sin embargo, parece no detenerse solamente en esta idea, sino permite, a través de la composición de las acciones y del carácter de los personajes, que la tesis defendida se amplíe. O sea, persigue el intento de demostrar, a través del arte literario, que la explotación indígena puede extinguirse por medio de su educación.

Para llegar a tal punto, la autora integra a la trama narrativa, los personajes Fernando y Lucía, pareja educada en Lima, contexto social ilustrado y, por lo tanto, distinto de Kíllac. Esa pareja, por haber sido educada en el referido contexto, resulta ideal en una escala positiva de valores humanos. En el nivel de las acciones, Fernando y Lucía van a defender constantemente a los indígenas y presentar soluciones a las injusticias sociales presentes en Kíllac. La pareja de forasteros, por presentar estas características, se configura bajo los moldes naturalistas, puesto que al preceder de otro contexto social (Lima, capital del Perú, contexto social más intelectualizado) presenta una forma de pensar que se diferencia del pensamiento indígena y del modo de pensar de las autoridades de Kíllac. La bondad idealizada de los forasteros es perceptible en un fragmento en que Fernando vuelve a su casa acompañado del indio Juan tras el rescate de la indiecita Rosalía, que había sido raptada por las autoridades para que Juan, su padre, pagase las deudas.

La entrada de Fernando a su casa fue un motivo de regocijo. (...) Volvía triunfante con Juan y Rosalía; iba a recibir todas las manifestaciones de gratitud de su esposa; iba a saborear la satisfacción del bien practicado, a aspirar el aroma edénico que perfuma las horas siguientes a esas que se consuela una desgracia o se enjuga una lágrima. Lucía lloraba de placer. Su llanto era la lluvia bienhechora que da paz y dicha a los corazones nobles. Juan se arrodilló ante la señora Marín y mandó Rosalía besar las manos de sus salvadores (TURNER, 1889, p. 44 – 45).

Lo que aparece exaltado en este fragmento, es la bondad de los forasteros. La alegría que ambos sienten en ayudar a estos indios es descrita de forma romántica. Nada se compara a este sentimiento, puesto que es lo mismo que saborear al aroma edénico, del paraíso, algo perfecto e ideal. Lucía hasta deja escurrir algunas lágrimas de sus ojos

de tanto placer que siente. Su llanto expresa lo más fuerte de los sentimientos, pues solamente se llora por emoción o por sufrimiento. Las lágrimas de Lucía tenían la capacidad de dar paz y dicha a los corazones nobles.

El hecho de Juan arrodillarse frente a Lucía le impone consideración a la forastera, pues uno sólo se arrodilla delante de personas nobles, merecedoras de consideración y de alabanzas. La actitud de Juan al mandar a su hija Rosalía besar las manos de Lucía refuerza su carácter noble. Así, el recurso romántico utilizado por la autora para idealizar a Fernando y Lucía eleva demasiadamente la bondad de los forasteros, estereotipándolos bajo patrones de bondad, de solidaridad y de perfección. La presencia del estereotipo revela, de esta forma, que los buenos, en el universo de la obra, trabajan por la justicia, defendiendo a los indígenas.

Las calidades positivas de los forasteros no se limitan solamente a la esfera de los sentimientos y de las actitudes, sino abarcan también el nivel del conocimiento, lo cual permite que estos individuos comprendan la triste situación de los indios y luchen contra las autoridades en favor de los mismos.

El conocimiento de los forasteros, no obstante, pertenece tanto al universo científico como al pedagógico, o sea, Lucía y Fernando entienden que la debilidad indígena es física y intelectual, proviniendo no sólo de la precaria alimentación, sino también de la falta de educación. Esto se ejemplifica cuando Fernando y Lucía están discutiendo acerca de la realidad indígena.

Hay algo más, hija- dijo don Fernando-; está probado que el sistema de alimentación ha degenerado las funciones cerebrales de los indios. Como habrás notado ya, esos desheredados rarísima vez comen carne, y los adelantos de la ciencia moderna nos prueban que la actividad cerebral está en relación de su fuerza nutritiva. Condenado al indio a una alimentación vegetal de las más extravagantes, viviendo de hojas de nabo, habas hervidas y hojas de quinua, sin los albuminoides ni sales orgánicas, su cerebro no tiene donde tomar los fosfatos y la lecitina sin ningún esfuerzo psíquico; solo va al engorde cerebral, que lo asume en la noche del pensamiento, haciéndole vivir en idéntico nivel que sus animales de labranza.

-Creo como tú, querido Fernando y te felicito por tu disertación. (TURNER, 1889, p. 81)

Esa visión científica, esta capacidad de explicación que presenta Fernando en relación a la ingenuidad mental de los indios, es una definición de carácter naturalista, a medida en que denuncia la precaria situación de los autóctonos a través de una explicación científica. Eso torna a Fernando un hombre que, además de bondadoso, es un gran conocedor, íntegro, ideal, portador de caracteres típicos del sujeto que habita en contexto ilustrado.

La tesis de que la educación indígena resultaría en el término de la explotación a que estaban sometidos en Kíllac, se consolida a medida en que Fernando cree que la salida para esta situación es convertir a los indios en personas hábiles de mente. Para eso, Fernando decide educar a las niñas huérfanas, Margarita e Rosalía, hijas de Juan y Marcela, en Lima, donde el contexto social y las costumbres son distintos, como se percibe en una charla en que Fernando y Manuel discuten las injusticias que las autoridades de Kíllac practicaban.

- Por eso don Manuel, hemos resuelto mandar a las chicas a educarlas a otra parte- dijo Lucía interesándose en la conversación.
- Y qué lugar han elegido ustedes? –Preguntó Manuel vivamente interesado.
- Lima, por supuesto respondió don Fernando.

- ¡Oh, sí, Lima! Allá se educa el corazón y se instruye la inteligencia; y luego creo que Margarita en un par de años se hallará un buen esposo. (TURNER, 1889, p.123)

Esta creencia alimentada por Fernando, confirma, por un lado, la tesis de la autora, que ve en la educación de los indígenas el fin de la explotación y de las injusticias sufridas por esta raza. Por otro lado, se verifica el carácter naturalista de esta tesis no sólo porque el contexto social cambiaría la mentalidad y las actitudes de Margarita, mas también por Fernando ver en el casamiento de Margarita con un hombre *blanco* (un limeño) un elemento favorable y determinante para la salvación de la india. Con el casamiento se extinguiría la pureza de la raza indígena, puesto que se estaría cruzándola con la *blanca*. Esto está de acuerdo con el naturalismo, pues una de las ideologías que norteaba este movimiento era la de que existían razas mejores y razas peores. En este contexto, los blancos e ilustrados simbolizan la superioridad y los indios la inferioridad racial y cultural, de forma que el equilibrio sería alcanzado a través de la homogenización de las razas.

Los Vicios, Las Virtudes Y La “Solución”

Frente a lo discutido se puede afirmar que la propuesta de la autora presentada en el proemio de esta obra: “retratar los vicios y las virtudes de un pueblo”, es cumplida con mucho cuidado. Utilizando elementos románticos y naturalistas la autora construyó estereotipos ideales (los forasteros) que sirvieron de refuerzo para la defensa de la tesis de que la educación era la salida para la realidad de explotación vivenciada por la población indígena. Con maestría naturalista, la autora estereotipó a las autoridades perversamente, apuntando, así, los vicios de la sociedad, pertenecientes a la esfera de las costumbres.

En medio a esos dos polos antagónicos, aparece la realidad de explotación indígena y el estereotipo romántico del indio, ya que es inocente, puro y bondadoso. Sin embargo, este estereotipo autóctono es afectado por el carácter naturalista, ya que el indio es debilitado e ignorante, a causa de las malas condiciones sociales y nutritivas que comparte.

Así, estos estereotipos son piezas que funcionan agudizando y justificando los caracteres de los individuos, lo que permite a la autora reforzar y justificar la realidad de vicios y virtudes del pueblo de Kíllac y defender las tesis que representarían la solución para esta sociedad corrupta e injusta.

En resumen, la novela defiende una tesis que busca amenizar el sufrimiento indígena. Sin embargo, la hace bajo la ideología occidental que defendía la superioridad de la raza blanca, la cual forjó el pensamiento que impulsó los procesos de modernización de la sociedad hispano- americana en el siglo XIX. Así, en el contexto de la obra, el cruzamiento de raza indígena con la blanca, la mezcla del contenido genético de la raza inferior con la superior y la inserción del indio en un proceso educativo moldeado por las ideologías occidentales, son premisas que representan la solución ideal para problemática indígena y para la consolidación de una sociedad desarrollada y moderna.

Bibliografía

POLAR, Antonio Cornejo. Prólogo. In: *_. Aves sin nido*. La Habana Cuba: Casa de las Américas, 1889.

TURNER, Clorinda Matto de. *Aves sin nido*. La Habana Cuba: Casa de las Américas, 1889.